

turbia y espesa. *Los pecados del pasado*, recordó. Esas palabras. Después sintió vértigo. Palpitante, todavía sin moverse, escuchó a los demás, sus gritos, su ruido; haces de luz entrecruzándose, los ladridos eufóricos de los perros dando vueltas, las preguntas, los suspiros, el suave tacto de la mano del niño, los pitidos inconfundibles de los walkies, agentes con voces hondas dando indicaciones que todavía no alcanzaba a entender.

Alguien se acercó por su espalda y la tomó del brazo con rudeza.

—Vamos, espabila, chica, tenemos que volver. A quién se le ocurre meterse en el bosque a estas horas con un niño. Abrígalo bien y síguenos. Vamos, chica. Tu familia te está esperando.

Sin soltar al niño, sin contestar siquiera, los siguió tambaleante, arrastrando los pies. Trató de distinguir el grito del cábaro a través de los ladridos de los perros. No oyó nada.

Sara Mesa: Acate

MÁRMOL

En aquel tiempo la experiencia que teníamos con la muerte era muy limitada. A veces se moría el abuelo o la abuela de alguien, como una ficha de dominó que cae cuando le toca al fin su turno, pero casi todos teníamos todavía dos o tres abuelos vivos como mínimo. Algunos abuelos —y sobre todo algunas abuelas— se tiraban por el balcón. Esto pasaba entonces con cierta frecuencia; luego me he preguntado si era algo propio de aquel barrio o de aquella época, una casualidad o una deformación de mi memoria. Sea como sea, sucedía, o yo al menos recuerdo que aquello sucedía. Estrábamos jugando tranquilamente en la calle cuando nos llegaban, primero, los rumores y, después, los gritos: la abuela de no sé quién se había tirado de un cuarto, de un quinto, de un décimo piso, siempre la suficiente altura como para matarse. Los bloques —edificios de vpo de ladrillo visto— eran altos y tenían estrechos balcones atestados de trastos —utensilios de limpieza, jaulas de pájaros sin pájaros, jardineras de plástico sin

plantas, hasta colchones viejos y sucios, se veían—. A algunos les colocaban un cerramiento de vidrio esmerilado, pero esto, al parecer, no impedía que las viejas se encaramasen para arrojar desde allí al vacío. Era como una plaga. Cinco o seis se tiraron en el intervalo de un par de años; una vez incluso pudimos ver, de lejos, el cuerpo estrellado en la acera, liviano como un trapo, tras el cerco policial y los vecinos que lo rodeaban. Nada nos impedía a nosotros acercarnos más, salvo quizá el miedo y el asco; nada nos impedía tampoco fabular, con retorcimiento, con la posibilidad de un asesinato —lo mismo alguien la empujó, decía uno, lo hicieron para conseguir la herencia, añadía otro—, repitiendo argumentos de telefilme, nosotros, niños de aquel barrio donde las abuelas, por supuesto, no tenían ni habían tenido nunca herencia alguna.

Los abuelos morían, pero para nosotros la vida no tenía ningún límite. Qué idea puede tener un niño, al fin y al cabo, de la muerte. O más bien: qué idea puede tener un niño, al fin y al cabo, de la muerte en un país sin guerras ni conflictos, en una ciudad media de un país moderadamente en desarrollo, en un barrio normal como tantos otros barrios indistinguibles e intercambiables, en el extenso extrarradio de trabajadores de calles rectilíneas y plazuelas en las que aburrirse por las tardes —la pelota, el elástico, los coqueteos y las infamias—, con aquellos altos bloques de ladrillo visto y las abuelas viudas que eran acogidas por sus familias —tal vez arrinconadas— y que de tanto en tanto, concienzuda y metódicamente, se morían de viejas o quizá, cansadas de esperar, se arrojaban ellas mismas por la ventana.

Nuestras preocupaciones eran otras. Eran, por ejemplo, conseguir la estampa más codiciada para completar un álbum —no sólo para darse importancia ante que completar, sino sólo para darse importancia ante el resto—, o evitar que se rieran de ti por llevar al colegio zapatos de niña buena en vez de zapatillas de deporte. Nuestras preocupaciones pasaban por fingir que te habían dejado ver el programa de televisión que todos veían pero tú no, pasaban por sacar buenas notas sin que te calificaran de empollona, pasaban por hacer caricaturas de todos los maestros —yo tenía buena mano para eso— sin que te pillaran y te castigaran de cara a la pared, pasaban por que no te riñeran por coger mal el lápiz y te obligaran a cogerlo bien y a quedarte atrás en los dictados.

A veces, también, había otras preocupaciones ante las que latía un orgullo insano, algo así como la emoción de sentir un interior rasgado y vulnerable, y asomarse a un abismo sin distinguir con claridad las formas de allá abajo. Fue aquél el tiempo de las llamadas, el inquietante —y seductor— tiempo de las llamadas. Todas las tardes, justo a la hora en que mi madre llevaba a mi hermano al conservatorio, alguien llamaba a casa y era yo quien cogía el teléfono. Al otro lado, una voz deformada pero inequívocamente adulta desplegaba un día tras otro, con asombrosa lentitud, la misma amenaza. «Tu padre va a morir; lo vamos a matar.» Sólo eso, una y otra vez, el aviso con su espaciada cadencia maliciosa: «Tu padre va a morir; lo vamos a matar. Tu padre va a morir; lo vamos a matar.» Con el auricular pegado a la oreja, inmobilizada por el terror, yo no hacía nada. No

respondía, no preguntaba, apenas respiraba: simplemente escuchaba hasta que no podía aguantarlo más, y colgaba. Mi madre se iba cada tarde, de lunes a viernes, y yo me sentaba a esperar la llamada del teléfono, que no fallaba nunca, y que debía de estar perfectamente planificada porque nunca llegaba los fines de semana. Me moría de miedo —llegué a pensar que de verdad matarían a mi padre—, pero jamás me atreví a contarle nada a nadie. En parte, había dentro de mí una extraña superstición que me frenaba: si hablaba sobre ello, pensaba, terminaría pasando. Pero también estaba el deseo de atesorar el pánico para mí sola, el sufrimiento puro, inmenso, rodeándome en mitad de la noche, sin compartirlo con nadie, en exclusiva.

Durante el día, en la escuela, seguía escuchando aquella voz en mi cabeza. Pensaba en ello con escalofríos —«Tu padre va a morir; lo vamos a matar»—, cuando en mi pupitre se estampó un cuadernillo Rubio, con un estallido que sonó mucho más fuerte y más violento de lo que uno piensa que puede sonar el papel chocando contra la madera.

—¿Es que no sabes escribir como Dios manda? ¡Fíjate bien en esto!

Era otra vez el maestro de ciencias, obsesionado con mi manera de coger el lápiz. Parece que tuvieras un muñón, me decía, se te van a hacer callos en los dedos, así sólo te sale mala letra, vas a escribir bien cueste lo que cueste, ¡vas a escribir bien cueste lo que cueste!, repetía, y me mostraba el reverso del cuadernillo con sus dos dibujitos de las manos —está bien claro, ¿no?—, una cogiendo el lápiz *bien*, la otra cogiendo el lápiz *mal*,

el secreto para una escritura armoniosa y delicada es tomar bien la pluma, sin apretarla, y escribir siempre despacio, no como yo, bruta, cabezota, terca como una mula, te empeñas en hacerlo mal queriendo. Yo tragaba saliva, contenía las lágrimas y trataba de colocar los dedos como había que hacerlo —o como Dios, al parecer, mandaba hacerlo—, el índice apoyado suavemente sobre el lápiz, el pulgar más abajo, sujetándolo, sin arquear ninguno, sin presionar, ahora venga, escribe, más rápido, venga, escribe. Pero así iba despacio, y siempre me quedaba atrás cuando él dictaba. No aprendes y no quieres aprender, me gritaba, al final vas a convertirte en una analfabeta. Cuánto me gustaría ahora —si es que aún vive— decirle a aquel maestro que a pesar de coger mal el lápiz, y con mi mala letra incluso, acabé por hacerme escritora. Cuánto me gustaría decirselo, sin duda, aunque después de todo ese deseo no es más que la demostración de que aún sigue viviendo en mí una parte de la niña que fui, acobardada e impotente en aquellos instantes, con el maestro delante de mí, encorvado, insistente, pesado —su olor también insistente y pesado—, a pesar de que el mal rato duraba sólo eso: un rato. Después, en cuanto él se daba la vuelta, yo volvía a las andadas, indócil, decidida a no aprender jamás como él decía —¡como los cuadernillos Rubio decían!—, convencida de que a mi modo era mucho más fácil y más rápido, apoyada por la maestra de letras —que jamás intentó corregirme— y por mis padres —que nunca le dieron a aquello la menor importancia—, burlándome de él y de sus ridículos problemas de aritmética, que con tanto trabajo conseguía copiar cogiendo bien el lápiz.

—Una mujer va a la carnicería a comprar un pollo de dos kilos. Después de deshuesarlo y de quitarle las vísceras, el pollo pesa 1.400 gramos. Si los huesos suponen las tres cuartas parte del peso de las vísceras, ¿cuánto pesan las vísceras? ¿Y cuánto los huesos?

Aquellos problemas nos daban mucha risa, sobre todo a mí y a mi hermana. Ella había tenido el mismo maestro dos o tres años antes; reírnos de él me acercaba a ella, me hacía sentirme mayor. Aquel hombre no sólo estaba obsesionado con el modo correcto de coger el lápiz —y de sentarse, y de trazar las haches y las jotas, y de sonarse la nariz, y de tantas otras cosas que había que hacer «como Dios manda»—; también le fascinaban la carne y las vísceras, la chacina y las tripas, las matanzas y las carnicerías. A ellos los llevó de excursión al matadero municipal, donde desfilaron por las instalaciones ensangrentadas y vieron reses enormes colgadas de sus ganchos; ese día mi hermana volvió a casa muda de la impresión. Hubo protestas de algunos padres, pero el maestro los acusó a todos de blandengues. Pensaba seriamente que quien no era lo bastante fuerte o valiente como para enfrentarse al espectáculo del sacrificio de un animal o al despiece de su cadáver se perdía la belleza que irradiaba un cuerpo abierto, con su ajustado mecanismo de músculos, tendones y huesos al aire libre. La perfección de la anatomía, decía, y desplegaba con emoción sobre un atril sus láminas del cuerpo humano, y también se traía el torso de plástico del laboratorio, donde metía con delectación la mano para sacar, y mostrarnos de cerca, los pulmones, el corazón, el bazo, el hígado. Es cierto que esto ahora suena terro-

rífico —o al contarlo así, hoy día, resulta terrorífico—, pero estoy convencida de que no había nada tétrico en aquella especial —y poco disimulada— pasión suya. Más bien se comportaba como un niño pequeño, no demasiado inteligente y tremendamente empecinado en sus manías, repitiendo una y otra vez teorías que ya entonces no terminábamos de creernos, como que en la proporción demográfica mundial hay siete mujeres por hombre, o, como él decía con un guiño, «tocamos a siete mujeres por hombre».

Bien mirado, todo aquello podía ser divertido. De hecho, era divertido. Cómo lo imitábamos y cuánto disfrutábamos haciéndolo; qué fácil era, después de todo, ridiculizarlo: sus andares descompensados, las sonrosadas manitas tras la espalda, nuestra voz infantil impostada tratando de sonar como la suya, alta y chillona: «¿Qué pesa más: el costillar o el lomo de un cochino? ¡Así no se atan los cordones! ¡Prohibido bostezar en esta clase! ¿Es que nunca serás capaz de coger bien el lápiz?»

La escuela y el fingimiento, las amenazas por teléfono y mi silencio, el insomnio y las risas, la fruta del recreo y mis zapatos de niña buena: aquello era la vida, y también era todo lo que se extendía por delante, un camino sin fin —la vida: cosa seria y eterna—, un recorrido por el que llegaría, tarde o temprano, a la edad de mi hermana y a tener amigos como los que tenía mi hermana, chicos que a mí ya me parecían casi hombres, y que me gustaban y me imponían respeto a la vez, entre ellos, en especial, el pelirrojo, siempre sonriente, siempre gastando bromas, sus pecas por todos lados —en

la cara, en los brazos, hasta en las piernas-, espigado y gracioso, un plato de lentejas, le decían, un delicioso plato de lentejas con zanahoria, pensaba yo, y le escribía -a él, como a tantos otros- cartas de amor arrebatadas que luego destruía, porque el placer estaba sólo en el hecho de escribir las, en la libre salida de la mala letra de mi lápiz cogido libremente.

No recuerdo el nombre de aquel chico. Sólo su apellido. Mármol. Qué triste paradoja.

Tampoco recuerdo bien qué pasó ni qué explicaciones se dieron para aquello, si es que se dio alguna -si es que se encontró alguna-. Sin nosotros saberlo, el espanto anidaba allí mismo, justo en la alteración de la rutina. Que las abuelas se tirasen por los balcones no nos impactaba, pero por qué tuvo que hacerlo el niño Mármol -por qué el que ahora veo como el niño Mármol-, con sus recién cumplidos catorce años, sus risas, sus gestos, esa mirada ausente y el brillo rojizo de su pelo, distinto por completo al del resto. La noticia recorrió los pasillos de la escuela una mañana, nos la dijimos en susurros pero a la vez gritando -si es que esto es posible, y fue posible-, tardamos en volver a nuestros sitios, en coger asiento, cada uno en su pupitre, aturcidos, inquietos y asustados.

¿Qué había pasado? ¿Qué nos pasaba a la vez a nosotros, después de aquella muerte?

El maestro de ciencias entró apesadumbrado. No dijo nada: sabía que sabíamos. Aquel día no dictó problemas ni sacó a nadie a la pizarra. Simplemente nos obligó a estar en silencio toda la hora -una hora completa- en memoria del chico al que jamás volveríamos

a ver. Tenía la cara blanca y los labios contraídos en una mueca de dolor, se rascaba los antebrazos con nerviosismo, nos fulminaba con la mirada si hacíamos ruido o nos movíamos. El maestro de ciencias, pude ver, no era después de todo un mal tipo.

La de letras llegó algo más tarde, con los ojos enrojecidos, las manos temblorosas. Nos miró sin vernos, sonrió débilmente. No sé qué decir, admitió, y después rompió a llorar. Algunos lloramos con ella. Hubo algo dulce en aquel llanto colectivo.

Luego, al final de la mañana, apareció la maestra de religión. Era una mujer canosa, alta y adusta, de la que sólo recuerdo vagamente sus pies, grandes y anchos, que no nos conocía demasiado porque sólo venía a nuestro colegio un día por semana. Entró, cerró la puerta, nos ordenó que sacáramos los libros, que los abriéramos por la página noventa y seis, y trató de empezar su lección de manera normal, como si no hubiese una grieta atravesando el aula, como si no hubiese riesgos de que cayese allí otro de nosotros. ¿Nadie le había contado lo sucedido? No podíamos creerlo.

-Maestra -dijo uno-, ¿usted no sabe que el Mármol se ha suicidado?

Suicidado. Jamás habríamos usado esa palabra. Probablemente, el niño que se atrevió a hablar la eligió pensando que así sería más fácil explicarse, o creyendo quizá que era el término adecuado para interrumpir la clase sin que ella se enfadase demasiado. La maestra levantó la cabeza, nos miró fijamente, aguardó unos segundos manteniendo el silencio alrededor, áspero, abrupto, como tensado.

—Ya lo sé —soltó al fin.

Y luego:

—He dicho página noventa y seis.

Todos abrimos los libros y nos avergonzamos profundamente de algo, sin saber bien de qué. «Mármol», musité para mis adentros como pidiéndole perdón, y dimos la clase con normalidad, como se seguirían dando el resto de los días en aquel colegio, sin más alteración que yo recuerde salvo los habituales avisos de bomba, la jubilación de algún maestro, las caracolas inundadas —aquellas aulas prefabricadas y provisionales que se hicieron eternas—, nada mínimamente comparable. Lo cierto es que la vida siguió para nosotros y que durante algún tiempo continuó siendo un asunto infinito. La anomalía no fue, entonces, más que eso: una desviación cuyo significado no entendíamos —y no podríamos, nunca, entender—. Las abuelas se siguieron tirando de los balcones, disciplinada y asépticamente. Las llamadas de teléfono dejaron de sonar y fueron sustituidas por otro miedo y por otro dolor que también me guardé para mí sola. Nadie me dio más la lata con mi forma de escribir —quiero decir, con mi manera de coger el lápiz o el bolígrafo— y fui pasando de curso sin problema. Mármol murió y nosotros, todos los demás, sobrevivimos. Lo único discutible, en todo caso, es el recuerdo. ¿De verdad hizo aquello la maestra de religión? ¿Fue una muestra de insensibilidad —incluso de crueldad— o sólo de su desconcierto, de la incapacidad de expresar nada? ¿Llevó hasta el final sus principios —la imposibilidad de aceptar el suicidio, la osadía humana ante el poder de Dios—, hasta negar incluso la

compasión que se debe a unos niños? ¿O sí dijo algo más, y hubo alguna explicación o algún lamento que yo no he sido capaz de recordar?

Con el tiempo encontré a una antigua compañera de clase y lo hablamos. Ella lo recordaba más o menos igual que yo. Dimos clase como si nada hubiese sucedido, confirmó. La maestra incluso se enfadó porque íbamos lentos y no hacíamos bien los ejercicios. No creo que fuese una mala persona, añadió. Sólo una mujer torpe que no sabía cómo manejar a treinta niños metidos en un aula. Treinta salvajes indisciplinados. Tuve que estar de acuerdo.

Después hablamos, ella y yo, de otras cosas. De otras desgracias posteriores —accidentes, enfermedades, pobreza y paro—, y también de alegrías —mudanzas, hijos, logros medianamente visibles o medianamente secretos—. ¿De verdad escribes?, me preguntó riendo. Sí, más o menos, dije. Siempre digo lo mismo: «más o menos».

—¿De qué cosas escribes? —insistió.

—Bah, no sé, de esto y de aquello, cosas normales, cosas que me invento o que recuerdo.

—Ponme un ejemplo.

Dudé.

—Ahora, al hablar contigo, me entraron ganas de escribir sobre Mármol.

Ella abrió los ojos, sorprendida.

—¡Pero no recuerdas bien los detalles! —me advirtió con aprensión—. ¡Puedes equivocarte!

—No... no exactamente sobre Mármol —corregí—. Sobre cómo era la vida cuando pasó lo de Mármol.

Sobre cómo era mi vida cuando pasó lo de Mármol.
—Temerosa, volví a corregir—. Sobre cómo la veía yo.
Una recreación, una mentira. —Vi que se tranquilizaba—.
Nada importante.

Ella se acordaba perfectamente de mi manera de
coger el lápiz. ¡Era horrible!, dijo. ¡Como si en vez de
una mano tuvieses una garra de pollo! Ah, la mala letra,
reímos ambas.

Como si acaso fuese posible sacar buena letra de
un lápiz torcido.

APENAS UNOS MILÍMETROS

Lo primero que me llevé al entrar, la primera impresión, quiero decir, fue la de estar en un lugar extremadamente ajeno y pesado y oscuro, algo que iba más allá de las puertas cerradas y de los techos bajos y de la enorme cantidad de trastos acumulados no sólo en el zaguán, sino también en el pasillo por el que la mujer enseguida nos invitó a pasar, algo que no podría llamarse desorden, porque no lo era, sino más bien falta de espacio, por un lado, y necesidad, por otro, de todos esos trastos, maquinaria, para ser más precisa, bombonas de oxígeno y camillas y otros aparatos ortopédicos cuyo nombre desconozco, además de los enseres habituales en una casa —un carro de la compra, una escalera plegable, cajas de zapatos, productos de limpieza—, cosas de todo tipo que se amontonaban también por todos lados porque la vivienda, eso ya lo había podido atisbar desde fuera, era más bien pequeña. La mujer sonreía y su sonrisa sobrepasaba la amabilidad con un gesto de íntima satisfacción que, Dios me perdone, me